

Durante al menos 10 trimestres consecutivos se ha experimentado una baja en las tasas de crecimiento que ha causado una disminución en la tasa de ocupación laboral de 2.9 puntos porcentuales. En comparación, en la crisis o shock financiero de 2009 los efectos duraron 4 trimestres, la tasa de ocupación bajó sólo 1.8 puntos, y como sabemos la recuperación fue rápida.

Los efectos de esta nueva crisis, detonada en buena medida por la fuerte caída en los precios de las materias primas, también se reflejaron lentamente sobre el **empleo**, que en un principio registró impactos moderados. Pero durante el último año esa situación cambió y la región tuvo el primer aumento significativo en la tasa de desocupación en cinco años.

El aumento del desempleo regional promedio fue de medio punto porcentual hasta 6.7% el año pasado. Como destacó el Panorama Laboral 2015, si se cumplen los pronósticos de mayor **desaceleración**, podría subir hasta 6.9% en 2016. En este momento hay unas 19 millones de personas desempleadas.

Al mismo tiempo hay indicios de disminución del empleo asalariado y aumento en el trabajo por cuenta propia, una señal de que podría aumentar la informalidad. Casi la mitad de la fuerza de trabajo de nuestra región, integrada por más de 280 millones de personas, tiene empleo informal, lo cual generalmente implica ingresos bajos, inestabilidad laboral, falta de protección y derechos.

Los promedios regionales expresan una realidad heterogénea. Tanto la desaceleración económica como los cambios en las tasas de desempleo y otros indicadores laborales se manifiestan a diferentes velocidades en los distintos países. Incluso hay algunos en abierta contracción, mientras otros mantienen **números positivos**. Pero más allá de las diferencias es indudable que en la región como un todo hubo un cambio de ciclo y que el escenario, al menos por ahora, es poco alentador.

Este panorama plantea desafíos concretos e inmediatos, porque el empeoramiento de la situación laboral implica que la crisis se refleja en la situación de las personas, y afecta tanto a los grupos más vulnerables, incluyendo los hogares pobres, como a la clase media que ve sus expectativas de mejoramiento frustradas.

Este nuevo ciclo económico pone una vez más en evidencia la urgente necesidad de avanzar en procesos de diversificación y de desarrollo productivo que impulsen una transformación de las economías, en la dirección de un crecimiento más sostenido e inclusivo con más y mejores empleos. Esta sigue siendo el norte para la agenda de mediano y largo plazo.

Pero en el corto plazo es claramente necesario que los países recurran a políticas macroeconómicas y del **mercado laboral** para mitigar los efectos de la desaceleración en las empresas, en los puestos de trabajo y en los ingresos.

La oportunidad es propicia para recurrir a la guía que ofrece el “Pacto Mundial para el Empleo” de la OIT, adoptado en 2009 por representantes de gobiernos, trabajadores y empleadores de todo el mundo, que contiene un portafolio de políticas con demostrada efectividad en momentos de recesión económica y crisis en el mercado de trabajo.

Se trata de medidas para reducir los impactos negativos en el empleo, apoyar a las empresas, mantener niveles de demanda agregada, e impulsar la generación y recuperación de los

empleos en combinación con **sistemas de protección social**.

Es necesario encarar el desafío del empleo con creatividad e innovación. Actuar sobre el empleo es la forma en la cual se puede beneficiar directamente a los grupos vulnerables y a las clases medias, a la vez que se promueve la base productiva de las economías.

De lo contrario, esta crisis en cámara lenta podría no solo complicar aún más la gobernabilidad aumentando la **conflictividad social** y la desconfianza en las instituciones políticas, sino dejar un legado de estancamiento económico en el progreso de nuestras sociedades e incluso de retrocesos en los logros económicos y sociales alcanzados.

El autor es director Regional de la OIT para América Latina y el Caribe.